
El Juicio de Dios

Ricardo Güiraldes

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 5622

Título: El Juicio de Dios

Autor: Ricardo Güiraldes

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 3 de noviembre de 2020

Fecha de modificación: 3 de noviembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Juicio de Dios

(Cuadro de costumbres)

Dios meditaba en el sosiego paradisiaco del Paraíso. El ambiente de contemplación le sumía en estado simil y pensaba divinamente.

Como un nimbo de carnes rosadas y puras, una guirnalda de angelitos le revoloteaba en torno coreando el himno eterno.

De pronto, algo así como un crujido de botín perforó el ambiente beato. Un angelito enrojació en la parte culpable, y, presas de súbito terror, las aladas pelotitas de carne se desvanecieron como un rubor que pasa.

Dios sonreía patriarcalmente; sentíase bueno de verdad, y un proyecto para aliviar los males humanos afianzábbase en su voluntad.

Quejidos subían de la tierra, y en la felicidad del cielo eran más dolorosos. Había, pues, que remediar, y Dios, resuelto al fin, envió a sus emisarios trajeran lo más distinguido de entre la colonia de sus adoradores.

Así se hizo.

Reunidos, habló Jehová.

—¡Oíd!... un rumor de descontento sube de la tierra jamás el hombre miserable llevará con resignación su cruz, e inútil les habrá sido el ejemplo dado en mi hijo Cristo. Los rezos, hoy como siempre, importunan mi calma y quiero cesen. Mi voluntad es escuchar los deseos humanos y, según ellos, darle felicidad para al fin gozar de la nuestra.

¡Vosotros, ángeles negros, distribuidores de noche, embocad las largas cañas de ébano y soplad, por los ojos de los hombres, la nada en sus pechos!

¡Qué las almas tiendan hacia mí mientras conserváis los cuerpos así luego

vuelve la vida a seguir su pulsación!

Como en los cielos carecen de tiempo, estuvieron muy luego los citados, míseros y ridículos en las multiformes y policromas vestimentas.

Había galeras panza de burro estilizadas por la moda, ojos quebrados de dolor, relámpagos de carne en oferta, palabrotas, chiripás, protestas, melenas, lamentos, chalecos de fantasía, resignamientos, en fin, todo el «bric a brac» humano de cuerpos, trajes, sonidos, ideas, colores, formas y sentimientos.

Alrededor hicieron público los habitantes celestes, mudos a causa de eterno éxtasis y desnudos por inocencia.

En el centro establecióse el tribunal benefactor. Tres personas en una, que es Dios verdadero, los Padres y Santos por decreto eclesiástico y una veintena de zanahorias celestes para el servicio.

El primero en comparecer fue un viejo tullido. Estiradas hacia Dios sus palmas voraces de ahogado, clamó:

—¡Oh señor! yo creo en ti desde mi dolor como los leprosos de Judea...

Una voz. —Tú crees en Dios como en un Penadés omnipotente. Sin tu enfermedad, serías ateo.

El viejo lloriqueaba, incapaz de defenderse. Los ángeles arrastraron hacia el tribunal al nuevo hablador. Era un médico barbudo, de ojos bondadosos y trabajadores; llenos de buena fe.

Dios. —¿De modo que no crees en mí?

Doctor. —No.

Dios. —¿Y cómo te explicas esta tu conversación conmigo?

Doctor. —Como un producto de mala digestión.

Aquí Miguel le dio del pie en el coxis (como se estila desde la expulsión de Lucifer), el piso de nubes se abrió como en los teatros y el médico enganchó la suficiente cantidad de algodón para no partirse el frontal contra la tierra.

El viejo insistía en sus lamentos. Dios trató de convencerlo.

—¿Por qué reclamar de tu dolor; no sabes que los caminos sufridos conducen hacia mí? Deberías bendecir el mal que te acerca al Cristo, mi hijo.

Más como el viejito no callase, expulsáronlo, paradisiácamente, dándole del pie en el coxis (como se estila, desde la expulsión..., etc.).

Melena en ola, frente pálida, ojos glaucos y andar severo, un filósofo enderezaba al trono, y apuntando a Dios, interrogó:

—¿Quién eres tú?

Dios (algo intimidado). —El Dios de mis creyentes.

Filósofo. —¿Y cómo hemos de considerarte? El antiguo testamento te pinta justiciero, parcial y sanguinaria en tus venganzas. Cristo te dijo benefactor sin distinción de razas, castas o acciones; la fe y arrepentimiento lavaban todo pecado.

Hoy parecen los que se dicen tus prosélitos desencaminados de tus principios, y los sinceros recurren al Cristo como único Dios.

Jehová, abochornado por la enfática tirada y algo molesto, musita:

—¿Y el Padre?

Filósofo. —El Padre, inexistente, sería la bondad en abstracto; Jesús, su hijo y representante hecho carne en la tierra.

Dios pestañeaba seguido, como nervioso y sin saber contestar; ese curso de teología no era para su simplicidad primitiva.

Entre sus quijadas convulsas de ira, masticaba como una gomita esta frase arbitraria, pero concluyente:

—Es loco, es loco.

San Miguel, habiendo oído su protesta temblorosa, alzó el hierro tras la fuga previsoramente del sedoso melencólico, que no logró escapar sin que le dieran del pie en el coxis (como se estila..., etc.).

Hacía rato, un muchacho sonriente paseaba ante el tribunal sagrado, como haciendo la vereda de su casa, absorto por una ocurrencia divertida.

Dios se fastidiaba:

—¿Quién eres tú?

Poeta (encogiéndose de hombros). —Todavía no lo sé.

Dios (perplejo). —¿Juegas conmigo?

Poeta. —¿Y quién eres tú?

Dios (lógico). —Dios.

Poeta. —Ya sé, ya sé.

Dios. —...

Poeta. —El ideal de rebaño. El lugar común del ideal.

Un murmullo se amplificaba, como exhalación pútrida, del conglomerado humano.

Frente a Dios, todos los hombres le discutían, viéndole en modos diferentes, tratando a los otros de herejes. Se oían pedazos de ideas.

—¡...No pertenezco a tu majada... nos larguen, que nos larguen...! Viva la materia... ruega por nosotros... embusteros, atrapasonos... en la hora de n... basta... Uff...

Ya no se distinguía nada. Era la obscuridad auditiva completa, el vocerío ahogaba los musicales bordones angelicales, que mangangueaban, dando en mano (si es posible), listos a obrar.

El murmullo fue grito; el grito reventó en Babel de razonamientos inentendidos, pero vehementes, llevaderos a pelea hecha de blasfemia, golpe y arañón, que onduló la turba multa con remolinos y estrépitos de aceite en ebullición.

Fue la última gota. Dios, anonadado, no atinó a sujetar sus ángeles, presos de la sed justiciera de los grandes días; con Sansón por capitán,

arremetieron a su vez contra la canalla cegada en su ira. Ésta cayó de las esclusas celestes sobre tierra en chorro precipitado, para seguir entre devorándose per sécula seculórum, para mejor comprensión de verdades teológicas y pacificaciones fraternales.

En cambio, el paraíso, purgado de la infección reciente, recomenzó su calma.

Volvió la guirnalda de angelitos a acompasar su coro, cayeron en contemplación los agraciados, y Dios, infinitamente bueno, porque es infinitamente dichoso, perdonó en su alma a los mortales las blasfemias y violencias oídas, pues en aquel día excepcionalmente paradisiáco sentíase más infinitamente bueno que de costumbre.

Ricardo Güiraldes



Ricardo Güiraldes (Buenos Aires, 13 de febrero de 1886 - París, 8 de octubre de 1927) fue un novelista y poeta argentino.

Güiraldes nació en el seno de una familia de aristocracia argentina de fines del Siglo XIX. Don Manuel Güiraldes, su padre, quien llegaría a ser intendente de Buenos Aires, era un hombre de gran cultura y educación; también con mucho interés por el arte. Esta última predilección fue heredada por Ricardo, que dibujaba escenas campestres y realizaba

pinturas al óleo. Su madre, doña Dolores Goñi, pertenecía a una de las ramas de la familia Ruiz de Arellano, familia fundadora de San Antonio de Areco.

Un año después de nacer Ricardo, la familia se trasladó a Europa, donde permaneció durante algún tiempo. A su regreso, el niño tenía cuatro años de edad y se lo podía escuchar hablando tanto francés como alemán; y es el francés el idioma que dejaría honda huella en su estilo y preferencias literarias.

Su niñez y vejez se repartieron entre San Antonio de Areco y Buenos Aires, respectivamente. Sin embargo, fue en San Antonio donde se puso en contacto con la vida campestre de los gauchos y reunió las experiencias que habría de utilizar luego, años más tarde, en Raucho y en Don Segundo Sombra. Fue allí donde conoció a Segundo Ramírez, un gaucho de raza, en el que se inspiró para dar forma al personaje de "Don Segundo Sombra".

Tuvo una serie de institutrices y luego un profesor mexicano, que reconoció sus aspiraciones literarias y lo animó a continuar con ellas. Estudió en varios institutos hasta que acabó el bachillerato a los dieciséis años. Sus estudios no fueron brillantes. Comenzó las carreras de arquitectura y derecho, sucesivamente. Sin embargo, abandonó los estudios universitarios y emprendió varios trabajos en los que tampoco se mantuvo por mucho tiempo.

En 1910, viaja a Europa y Oriente en compañía de un amigo: visita Japón, Rusia, la India, Oriente Próximo, España para instalarse finalmente en París con el escultor Alberto Lagos. En la capital francesa, decide seriamente convertirse en escritor.

No obstante, Güiraldes se dejó seducir por la vida fácil y divertida de la capital francesa y emprendió una frenética vida social, descuidando sus proyectos literarios. Pero un día se le ocurrió sacar de un cajón unos borradores que había escrito: unos cuentos campestres, que luego incorporaría a sus Cuentos de muerte y de sangre. Les leyó los cuentos a unos amigos y lo animaron a publicarlos. Ya en estos primeros borradores se dio cuenta de que había forjado un estilo muy particular.

Volvió a México en 1912 después de haber decidido, de una vez por todas, convertirse en escritor. Al año siguiente, 1913, se casó con Adelina del

Carril, hija de una destacada familia bonaerense (la ceremonia se realiza el día 20 de octubre, en la estancia Las Polvaredas), y ese mismo año aparecieron varios de sus cuentos en la revista Caras y Caretas. Estos y otros de 1914 irían a formar parte de Cuentos de muerte y de sangre que, junto a El cencerro de cristal, se publicarían en 1915 animado por su mujer y por Leopoldo Lugones. Sin embargo, no tuvo éxito. Dolido, Güiraldes retiró los ejemplares de la circulación y los tiró a un pozo. Su mujer recogería algunos de ellos y hoy en día estos libros, manchados de humedad, tienen un gran valor bibliográfico.

A finales de 1916 el matrimonio Güiraldes, junto a un grupo de amigos, emprende un viaje a las Antillas, visitan Cuba y lo terminan en Jamaica. De sus apuntes surgiría el esbozo de su novela Xaimaca. En 1917 aparece su primera novela Raucha. En 1918 publica la novela corta Rosaura (rótulo de 1922) con el título Un idilio de estación en la revista El cuento ilustrado de Horacio Quiroga.

En el año 1919 viaja otra vez a Europa con su mujer. En París establece contactos con numerosos escritores franceses. Frecuenta tertulias literarias y librerías.

Entre todos los escritores que conoció en esa visita, quien mayor huella le deja fue Valery Larbaud. En 1923 publica en Argentina la edición definitiva de Rosaura, muy influenciada por escritores franceses, y que es razonablemente bien recibida por público y crítica.

En 1922 vuelve a Europa y, además de establecerse en París, pasa una temporada en Puerto Pollensa, Mallorca, donde había alquilado una casa.

A partir de ese año se produce un cambio intelectual y espiritual en el escritor. Se interesó cada vez más por la teosofía y la filosofía oriental, en busca de la paz del espíritu. Su poesía es fruto de esta crisis.